

vilización y de cultura: H. G. Wells, Norman Angell, David Low y Gilbert Murray.

Los de la otra «cultura», los «blancos» de la antihistoria, continúan cometiendo excesos que casi no se conocen en América ni en el resto del mundo. ¡Por algo y para algo controla el capitalismo las agencias de publicidad! Vale la pena que se lean detalles como los siguientes, suministrados por corresponsales de periódicos que no pertenecen al grupo fascista, pero cuya neutralidad y cuya sobriedad no es posible poner en duda:

Del «News Chronicle», agosto 9.—«Nuestro corresponsal en Gibraltar informa que las dificultades financieras con que tropiezan los sublevados españoles, desmoralizan a sus tropas en aquella región. Se dedican entonces los militares rebeldes a cometer toda clase de atropellos. En las paredes de las principales esquinas han fijado cartelones, en los que se avisa a los habitantes que deben entregar sus joyas y todo el oro y la plata que posean, bajo pena de muerte. Para comprobar que el ofrecimiento de esta pena es efectivo, han fusilado a más de doscientos vecinos y disparan, sin motivo alguno, sobre toda clase de transeúntes. En las casas de los que han podido escapar entran grupos de facciosos, la mayor parte marroquíes, y se llevan cuanto encuentran. Los prisioneros y los rehenes son tratados con refinada crueldad. En La Línea asesinaron el domingo a más de trescientos de uno y otro sexo».

El señor F. L. Kerran, candidato a diputado por Bedfordshire, Inglaterra, después de visitar durante tres semanas varios frentes de batalla, ha dicho por radio, y ha publicado en varios periódicos independientes de la Gran Bretaña, una relación pormenorizada de sus observaciones. El señor Kerran dice, en síntesis: «Al principio de la guerra los trabajadores españoles tuvieron que luchar, valga la expresión, a puñetazos, contra fuerzas disciplinadas, organizadas y con armamento de primera clase. Los facciosos, desde que comenzaron la sublevación, no han sabido lo que es hacer prisioneros; todos los dirigentes de las organizaciones obreras que han caído en su poder han sido inmediatamente fusilados. Sobre la actitud de la iglesia católica he hecho investigaciones personales en las ciudades y en los pueblos de Aragón; y he descubierto que, tres días antes de estallar la revuelta, desaparecieron de sus curias numerosos sacerdotes en compañía de grandes terratenientes. Este detalle lo he podido confirmar con los habitantes de decenas de poblados por donde he podido pasar. Hay actualmente millares de clérigos peleando en las fuerzas rebeldes, y hay grandes cantidades de armas y de municiones en templos y en fincas de comunidades religiosas. La iglesia, desgraciadamente, se dejó convertir en instrumento de la reacción contra los trabajadores. Y el caso es más lamentable y más penoso si se recuerda que el mayor contingente del ejército antidemocrático está formado por antiguos presidiarios, enrolados en la legión extranjera, y por mahometanos que siempre han sido enemigos de los católicos».

Los sarracenos no quieren dejar a Mahoma por ningún otro Dios

Las informaciones transcritas son ratificadas, el 15 de agosto de 1936, por cinco moros hechos prisioneros en Extremadura. Sus declaraciones se dan a la publicidad el 16, en los más importantes diarios de Madrid. Aseguran que se les prometió esplendor en el pago, buena comida y respeto a su religión. Se les dijo, además, que la campaña sería corta y triunfal, ofreciéndoseles tierras en Andalucía, en Murcia y en Valencia como recompensa a su concurso. Pero el desengaño suyo ha sido inmenso al ver que las promesas no se cumplían, y cuando se les contestaba que no protestaran y que se pagasen ampliamente con el botín de las poblaciones que cayeran en sus manos.

Respecto de religión dicen estos moros prisioneros que no están de acuerdo con lo que se hace, pues los obispos y los sacerdotes los bendicen y les cuelgan medallas y escapularios, lo que ha dado lugar a violentos incidentes, pues los mahometanos no quieren dejar a Mahoma por ningún otro

Dios. Terminan sus quejas los citados marroquíes afirmando que en las filas fascistas hay muchos extranjeros con mejor soldada, sobre todo técnicos italianos de artillería, que los tratan como a seres inferiores.

Los periódicos de Madrid publican en la misma fecha crónicas impresionantes de los estragos y actos de vandalismo, cometidos por los sarracenos, en algunas poblaciones andaluzas que lograron dominar al mando de los militares «nacionalistas». Es inexplicable, es monstruoso—comentan los periodistas madrileños— que los generales que tenían por misión defender a España, hayan traído al territorio de la patria a estas hordas africanas, excitándolas al combate con el presunto saqueo de las hermosas ciudades españolas, de sus castillos, de sus monasterios históricos, y con la violación de sus mujeres.

Y se refieren al hecho de que en las ropas de varios moros muertos en la lucha se hayan encontrado joyas, patenas de oro, cálices, copones, una mitra y rosarios de concha nácar. Esta confusión de religiones y de idearios, de blancos y de rojos, se hace más intrincada cuando se sabe por medio de documentos fehacientes que el general Cabanellas y casi todos sus compañeros son masones. Pero a pesar de su alto grado en la masonería, publica lo siguiente el «Heraldo de Aragón», periódico católico, con fecha 11 de agosto de 1936:

«Ayer, a las diez y media de la mañana, se presentó el señor general Cabanellas en el sagrado templo del Pilar. Lo acompañaban el canónigo don Rosendo Cortés y dos jefes del estado mayor. Llegó el general hasta el camarín de la Virgen e hizo de rodillas breve oración en el presbiterio. Ascendió después devotamente a las gradillas para adorar y besar el manto de nuestra Virgen Santísima».

¡A cuántos trabajadores, a cuántos hombres de izquierda mandaría fusilar ese mismo día el catolicísimo masón!

Indudablemente que hay un maremágnum de idearios, de razas y de religiones entre los sublevados. Si no se tratara de la conmoción más cruenta que sacude a España, podría decirse que este maremágnum llega a los límites de la comicidad. Aun el nombre de fascistas que a terratenientes, moros, obispos, presidiarios, aristócratas y militares cobija por parejo, resulta mal aplicado. Pero este no es el momento de discutir ideologías sino de parar mientes en la realidad. Y la realidad es que los facciosos siguen recibiendo el auxilio constante de Portugal, de Italia y de Alemania, en tanto que el Gobierno sólo puede sostenerse de milagro, gracias a la resistencia sobrehumana y heroica del pueblo español.

Los leales capturan a mediados de agosto varios aeroplanos enviados por estas dos últimas potencias. Los periódicos publican fotografías de dichos aparatos y el nombre de los pilotos extranjeros que los piloteaban. Se refieren, además, a la necesidad de que el Gobierno proceda enérgicamente, no con lamentaciones por la neutralidad de Rusia y de Francia, sino con represalias económicas.

¡Que los países de quienes se tengan pruebas de que ayudan a los insurrectos, pierdan el trato de favor y de hospitalidad que sus ciudadanos y sus capitales reciben en España; que se prohíban sus industrias y comercios en territorio nacional; que no haya trabajo para ellos!

El Gobierno republicano no se resuelve a proceder de acuerdo con estas sugerencias. Da, por el contrario, toda clase de excepcionales garantías a los alemanes, a los italianos y a los portugueses que quieran seguir viviendo en España o que tomen la resolución de abandonarla.

Y su benevolencia, el liberalismo del «régimen feroz de Azaña», llega a máximos extremos si se piensa que todavía en la segunda quincena de agosto, a merced de un espionaje fascista perfectamente organizado en la propia capital, ni siquiera se había decretado la censura en las oficinas postales. «¡La correspondencia es inviolable!»—proclaman estos buenos liberales de la República Española.